

Nuevo pensamiento

Venezuela: una alarma que debería despertarnos

Mario Pezzini

Escribe Mario Pezzini, colaborador habitual de AVANZA y experto en materia de desarrollo en el Sur Global, “El objetivo ya no parece ser la sustitución de un gobierno por otro, ni la construcción de una arquitectura institucional alternativa. La lógica es diferente: gestión directa del espacio político, administración externa del territorio, control de los recursos. Los Estados soberanos ya no son socios con los que cooperar, sino espacios que gobernar o explotar. Venezuela no es «liberada» ni «reconstruida»: de hecho, es anexionada funcionalmente.”

Añade: “Si la operación inaugura un modelo exportable, nada garantiza que se limite a América Latina. Por el contrario, Venezuela se convierte en una demostración práctica de lo que Estados Unidos pretende hacer en otros lugares, en otros elementos de una doctrina coherente, por ejemplo, Cuba, Colombia y Groenlandia. La estrategia estadounidense parece articularse en dos niveles. Por un lado, un espacio hemisférico, destinado a restablecer un control directo sobre América Latina según una versión actualizada de la doctrina Monroe. Por otro lado, un espacio transatlántico, en el que Europa es progresivamente relegada a un papel subordinado, ya no como aliado político, sino como vasallo estratégico.”

Y concluye: “Defender el derecho internacional sigue siendo indispensable. Europa debe declarar sin ambigüedades que cualquier acción sobre Groenlandia es intolerable. Pero esta defensa, por sí sola, ya no es suficiente.”

En este sentido, las alianzas con el Sur no son un gesto moral, sino una necesidad estratégica. La autonomía europea depende cada vez más de su capacidad para entrelazar su propia reindustrialización con las transiciones climáticas, digitales y sociales, no contra el Sur, sino con el Sur.(...) Es en este terreno donde se jugará, en los próximos años, la soberanía europea.

Mario Pezzini

Venezuela: una alarma que debería despertarnos

La operación «especial» estadounidense debe interpretarse como una señal política global, no como un episodio regional circunscrito. Lo que importa no es solo dónde tuvo lugar, sino cómo se llevó a cabo y cómo se reivindicó:

- La fuerza —o la amenaza de la fuerza—sustituye a la norma como lenguaje central del orden internacional. El secuestro de un jefe de Estado en ejercicio, reivindicado públicamente; la ausencia de cualquier mandato parlamentario; el desprecio por las instancias multilaterales: todo ello contribuye a definir una política exterior post-normativa, basada únicamente en el poder y en su capacidad de actuación.

- La superación de la retórica tradicional del «cambio de régimen» seguido de la «construcción del Estado». El objetivo ya no parece ser la sustitución de un gobierno por otro, ni la construcción de una arquitectura institucional alternativa, tal vez a través de un proceso constituyente. La lógica es diferente: gestión directa del espacio político, administración externa del territorio, control de los recursos. Los Estados soberanos ya no son socios con los que cooperar, sino espacios que gobernar o explotar. Venezuela no es «liberada» ni «reconstruida»: de hecho, es anexionada funcionalmente.

- La centralidad de la dimensión extractiva. En el centro no está el narcotráfico —que no explicaría la gracia concedida paralelamente a Noriega—, sino el petróleo y, probablemente, también las preocupaciones estadounidenses sobre la estabilidad del dólar. No en vano, los primeros interlocutores contactados no fueron los miembros del Congreso, sino los directores generales de las grandes compañías petroleras. La reconstrucción se confía al sector privado, y el retorno de las inversiones está garantizado por la gestión de los recursos.

Si la operación inaugura un modelo exportable, nada garantiza que se limite a América Latina. Por el contrario, Venezuela se convierte en una demostración práctica de lo que Estados Unidos pretende hacer en otros lugares, en otros elementos de una doctrina coherente, por ejemplo, Cuba, Colombia y Groenlandia. La estrategia estadounidense parece articularse en dos niveles. Por un lado, un espacio hemisférico, destinado a restablecer un control directo sobre América Latina según una versión actualizada de la doctrina Monroe, ahora «Don-roe». Por otro lado, un espacio transatlántico, en el que Europa es progresivamente relegada a un papel subordinado, ya no como aliado político, sino como vasallo estratégico.

Groenlandia es, en este sentido, un objetivo cínico para mostrar, entre otras cosas, la vulnerabilidad europea. El mensaje es aún más contundente al dirigirse a un socio que no representa ninguna amenaza y que está vinculado a Dinamarca, miembro particularmente dócil de la alianza atlántica. Europa descubre así que la docilidad en la alianza no garantiza la inmunidad. Las medidas ad personam contra figuras europeas de primer orden refuerzan esta interpretación. Europa ya no es tratada como un sujeto político, sino como un espacio sobre el que influir, expuesto a presiones y represalias selectivas. La lógica es transaccional: quien se alinea está protegido, quien se desvía está expuesto.

Europa se encuentra así atrapada en una pinza estratégica. Por un lado, una potencia estadounidense rápida, cínica y ofensiva, que no duda en utilizar la fuerza. Por otro, una potencia rusa que domina el horizonte estratégico de muchas élites europeas y que se utiliza como justificación implícita del silencio sobre otras derivas imperiales. Los contextos cambian —Ucrania, Groenlandia, América Latina—, pero la lógica sigue siendo la misma, basada en la ley del más fuerte. En este marco, las respuestas europeas parecen inadecuadas. La referencia al derecho internacional es necesaria, pero insuficiente, y las divisiones internas de la Unión agravan el problema. Las reacciones divergentes de los líderes europeos revelan la ausencia de una línea estratégica común. Este vacío político da cabida a la extrema derecha, que, de hecho, no propone respuestas, sino que alimenta la percepción de irrelevancia de Europa.

Claro, defender el derecho internacional sigue siendo indispensable. Europa debe declarar sin ambigüedades que cualquier acción sobre Groenlandia es intolerable. Pero esta defensa, por sí sola, ya no es suficiente. El antiguo atlantismo ya no ofrece una brújula fiable. Supone una simetría aceptada, al menos en principio, y una protección garantizada que ya no existen. Además, una postura puramente defensiva o normativa corre el riesgo de aislar a Europa. La propia construcción de una autonomía estratégica, entendida como simple capacidad de defensa o como reducción de las dependencias, es una respuesta parcial.

En un sistema global marcado por profundas interdependencias, el aislamiento no es una opción viable, y la autonomía debe ir acompañada de alianzas estratégicas basadas en interdependencias elegidas y no impuestas.

En este sentido, las alianzas con el Sur no son un gesto moral, sino una necesidad estratégica. La autonomía europea depende cada vez más de su capacidad para entrelazar su propia reindustrialización con las transiciones climáticas, digitales y sociales, no contra el Sur, sino con el Sur. El hecho es que esta estrategia implica una nueva gramática de las relaciones internacionales. Las transformaciones de las últimas décadas han dejado obsoleta la distinción entre el Norte donante y el Sur beneficiario. Hoy en día, lo que hay que construir no es una relación vertical, sino un co-desarrollo; ya no una producción normativa unilateral, sino una coproducción; ya no un multilateralismo ritual, sino una co-gobernanza operativa en la que los países socios participen en la definición de las prioridades, los criterios de riesgo y las métricas de impacto.

Salir de la pinza y de los riesgos de vasallaje significa, en última instancia, aceptar que el orden internacional no volverá a ser jerárquico y estable. Pero también significa reconocer que existe un espacio para un multilateralismo de geometría variable, basado en experimentos concretos, alianzas temáticas e intereses compartidos. Es en este terreno donde se jugará, en los próximos años, la soberanía europea.